

Otro lamentable y desgarrador suceso ha estremecido a la nación cubana, y lacerado su imagen pública. Esta vez, por suerte, no ha podido ser silenciado. El 23 de febrero falleció, después de 86 días en huelga de hambre, el prisionero de conciencia Orlando Zapata Tamayo. A muchos le ha vuelto a la mente Pedro Luis Boitel, así como otros que, a veces en el anonimato, han entregado sus vidas por la defensa de un ideal opuesto al del gobierno de Cuba desde hace medio siglo. Zapata Tamayo murió cuando todavía circulaban las declaraciones internacionales de condena y los llamados a la liberación de otro destacado líder de la oposición pacífica en Cuba, el Dr. Darsi Ferrer. Y a pesar de que este caso causó no pocas preocupaciones a la autoridades cubanas, que hicieron todo lo posible, a través de intelectuales a su servicio, para contra-



rrestar la campaña a favor del Dr. Ferrer, el régimen de La Habana mantuvo su obstinada e indiferente actitud de no reconocer, en ningún sentido, las razones por las cuales Zapata Tamayo había decidido, el 2 de diciembre del 2009, iniciar su huelga de hambre.

La forma en que la llamada revolución cubana se comportó ante ese sacrificio queda certeramente definida por

Manuel Cuesta Morúa en el artículo que publicamos en esta edición: «La pregunta cínica que hizo un diplomático cubano cuando le indagaron por la suerte de Zapata Tamayo—entonces con vida—de si su apellido se escribía con S o con Z es un rapto natural de la psicología del aristócrata: el desprecio por los que ‘no tienen nombre’... En última instancia, el cínico se da ciertos lujos psicológicos frente a la realidad porque piensa que está bien parapetado tras la inmunidad e impunidad de su clase, incluyendo sus pertenencias, privilegios y seguridades... El sarcasmo diplomático expresa la distancia cruel del poder real, en tanto sólo la aristocracia puede mezclar al mismo tiempo el siguiente coctel: la soberbia, el desprecio, la subestimación y el racismo».

Hasta aquí la muerte había sido un recurso muy socorrido en la práctica revolucionaria para crear héroes mediante el buen uso de hombres y mujeres que, en algún momento, han entregado sus vidas por los ideales que profesaban o decían profesar los líderes de la revolución cubana. Ahora se trata de un hombre humilde, para colmo negro—por tanto, con doble culpa al rebelarse contra el dogma instituido—, miembro de ese ejército de cubanos ‘sin nombre’ bajo la obligación, impuesta desde la cúpula ‘mesianica’, de vivir agradecido del ‘acto emancipador’. Zapata Tamayo ha inscrito de manera dramática su nombre en el libro de la historia y ha engrosado el aporte que vienen haciendo los afrodescendientes, a través de varios siglos. En las condiciones actuales, sólo el sacrificio de lo único que poseía—su propia vida—, le concedió ese derecho.

El intento de desconocerlo falló en esta ocasión. También ha fallado la tentativa de caracterizarlo como delincuente común, por medio de todos esos estereotipos

racistas que estigmatizan al negro, mucho más cuando disiente del poder impuesto. Tanto el creciente movimiento por los derechos civiles, cuyas acciones parecían inconcebibles diez años atrás, como la opinión pública internacional y aun la propia madre del mártir con su grito ¡Zapata vive! se encargaron de que la indiferencia gubernamental, ante una vida que se consumía, pagara su precio.

En los trabajos que ofrecemos a nuestros lectores podrán encontrar detallada información de la vida de este prisionero de conciencia, reconocido por Amnistía Internacional, así como de las valoraciones que, sobre esta heroica decisión, hacen diferentes autores, en su mayoría destacados líderes del que ya puede llamarse Movimiento por los Derechos Civiles en Cuba. La vida de Orlando Zapata Tamayo, como la del periodista independiente Guillermo Fariñas, otro afrodescendiente que persevera en su decisión de lograr a toda costa el reconocimiento de sus reclamos como ciudadano, son ejemplos de cubanos que nacidos o educados después de 1959, en medio la efervescencia revolucionaria de la que una vez fueron parte, han decidido no sólo romper con el régimen, sino también enfrentarlo al precio de sus propias vidas. Una decisión cada vez más frecuente en la Cuba de hoy, llena de decepciones y frustraciones, pero también de anhelos de ambiente democrático, coraje y sentido estricto del deber patriótico.

En estas circunstancias y ante la fuerza que adquiere el debate sobre la problemática racial, “El triple discurso de la inconsecuencia” continúa tratando de imponerse, como bien señala Leonardo Calvo Cárdenas. Ese discurso se nutre frecuentemente con inconsistentes argumentos de políticos e intelectuales comprometidos con el poder. Así ocurrió en una de las conocidas Mesas Redondas de la televisión cubana, que no abordó el tema desde la perspectiva del análisis crítico, sino más bien para intentar desacreditar y restar validez, con lenguaje ambiguo y pueril, además de parcialización evidente, a la ya imponente campaña nacional e internacional contra el racismo en Cuba. Esta tendencia se complementa con todos los esfuerzos y hasta la represión que ejerce el gobierno para limitar el alcance del indetenible movimiento cívico dentro de Cuba.

En ese contexto resulta sumamente sugerente la reseña del libro “Los fuegos fatuos de la nación cubana”, que nos brinda María Ileana Faguaga. Su objeto fundamental es la raza “como construcción histórica... como ideología de odio, de desamor, de falta de solidaridad humana, desprecio, arrogancia, explotación, genocidio y destrucción psicológica de las víctimas”. Para sus autores “es necesario reconstruir el andamiaje dado por la cultura y la historia convencional en todas sus manifestaciones” en la situación actual de la nación cubana.

La presente edición ofrece también al lector dos trabajos sobre el recientemente creado *Observatorio Ciudadano contra la Discriminación (OCD)*, que constituye “un esfuerzo cívico destinado a establecer una extendida red de ayuda, asesoría legal y comunicación que pueda servir a todo ciudadano víctima de discriminación en cualquier ámbito o concepto”.

Otro grupo de trabajos mantiene nuestra línea ya tradicional de reflexiones, análisis y testimonios sobre la problemática racial en Cuba. Un acercamiento a las religiones de origen africano y su actualidad se aprecia en el artículo “Cantos de pluralidad en la religión afrocubana”, de Rodolfo Bofill, dedicado a la Letra del Año, que se compone mediante adivinación por un nutrido grupo de *babalawos* cubanos.

Por su parte, Dinizulu Gene Tinnie nos remonta a la trata esclavista transatlántica, en ocasión del histórico recorrido hecho este año por la réplica de la goleta *Amistad* y su llegada a Cayo Hueso, después de pasar por varias ciudades del Caribe, entre ellas Matanzas y La Habana.

A todo ello se une el artículo “Lo auténtico y cómo conservar las raíces: La conversión del *hip-hop* a *hip-pop*”. Motivado por trabajos del número anterior de esta misma revista sobre el *hip-hop* en Cuba, el joven escritor Jerome Crooks abunda en los orígenes, éxitos, contradicciones y valores de este movimiento, con argumentos centrales para entenderlo.

No quisiéramos terminar esta nota sin agradecer la calurosa acogida que durante nuestra estancia en la ciudad de Pittsburgh, nos brindaran profesores y estudiantes de Carnegie Mellon University y de la Universidad de Pittsburgh, en momentos en que preparábamos este número. Particular importancia le concedemos a la participación de estudiantes de la clase de español y traducción de la profesora Kenya C. Dworkin. Como podrá apreciar el lector, varios de los artículos que aparecen en la versión en inglés fueron traducidos por ellos. A todos, nuestro más sincero aprecio.

Dr. Juan Antonio Alvarado Ramos  
Editor Jefe